



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Carballo Fermín**

OBISPO

## HOMILÍA XVII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

28/VII/2024

Muy apreciados hermanos:

El relato del Evangelio que acaba de ser proclamado es muy conocido por todos: la multiplicación de los panes y de los peces. Personalmente, siempre me ha impresionado este relato, lo he tomado como referencia en mi ministerio pastoral, pues Jesús nos da una gran lección de compasión, organización, economía y solidaridad.

La multiplicación de los panes es un milagro, es decir, es un signo que muestra la presencia de Dios y que Jesús confirma, no sin antes despertar la atención y el sentimiento de sus discípulos.

Jesús cuando realiza un milagro lo hace siempre para beneficiar a otros, nunca a sí mismo, ni mucho menos para destacar sobre los demás. Recordemos que el demonio lo tentó en este sentido, cuando *“el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: a sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra”*. Jesús le dijo: *“Escrito está también: no tentarás al Señor tu Dios”* (Mt 4,5-7). Es decir: no le exigirás a Dios que se ponga a tu servicio. Tú eres quien ha de servirle. La fuerza de Jesús consiste en ponerse, plenamente, a disposición de su Padre, para servir a los hermanos, especialmente a los más desfavorecidos.

En cambio, con ese gesto, dice el Papa Francisco: *“Jesús manifiesta su poder, pero no de forma espectacular, sino como señal de la caridad, de la generosidad de Dios Padre hacia sus hijos cansados y necesitados. Él, con su gesto también demuestra que está inmerso en la vida de su pueblo, que comprende los cansancios y los límites, pero no deja que ninguno se pierda o falte: nutre con su Palabra y dona alimento abundante para el sustento”* (02/08/20).

A continuación, voy a destacar algunos aspectos de Jesús al realizar este gran milagro:

Jesús es un **buen observador**, hace un estudio de la realidad. Conocía muy bien que la gente estaba cansada; había pasado mucho tiempo con él, escuchando sus enseñanzas y siendo testigos de sus milagros. Quizás Jesús sintió hambre y vio que la gente también, y no cerró los ojos ni fue indiferente a esta realidad. Buscó una solución; se compadeció.

A Jesús **no le gusta actuar sólo**, siempre requiere la participación de otro, y para hacer un milagro, exige la fe del enfermo o de los que le acompañan. Por eso, hace partícipe a otros de esa preocupación. Dice el evangelista: lo hizo para tentarlo, pues bien sabía Él lo que iba a hacer. Jesús pone a prueba la virtud de Felipe y éste plantea otro problema y no una solución: *“doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo”* (Jn 6,7). En cambio, Andrés, al menos, dice

qué tienen: “*Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces, pero, ¿qué es eso para tantos?*” (Jn 6,9).

Esa ha sido siempre la actitud de Jesús: le gusta trabajar sinodalmente, con otros. No impone, no obliga, sino que persuade, invita, discierne con otros, ve qué pueden dar, quiere que apóstoles aprendan la enseñanza, pues ellos serán los encargados de continuar su misión a lo largo de la historia. Así lo ha dicho el Papa Francisco, con motivo del Sínodo de la Sinodalidad que se está llevando a cabo en la Iglesia, quien quiere que nos pongamos en marcha juntos, en una escucha recíproca, compartiendo ideas y proyectos, para mostrar el verdadero rostro de la Iglesia: una «casa» hospitalaria, de puertas abiertas, habitada por el Señor y animada por relaciones fraternas.

**El milagro no se produce de la nada**, sino de la generosidad de un joven sencillo que comparte lo que tenía. Jesús no nos pide lo que no tenemos, sino quiere que caigamos en cuenta que, si cada uno ofrece lo poco que tiene, puede verificarse nuevamente el milagro. Al respecto, recuerdo que, en las parroquias a la cuales serví, solíamos hacer el último domingo de cada mes una colecta de productos para los pobres. El domingo anterior, colocábamos unos papelitos con un producto, que la gente tomaba libremente, y al domingo siguiente la gente lo traía y lo entregaba en el ofertorio. Ese último domingo hacíamos la minerva (exposición y procesión del Santísimo), al final de la misa. Queríamos significar los dos alimentos que necesitamos: la Eucaristía y el alimento material. Los que recibían la Eucaristía no podían permanecer indiferentes ante el hambre que sufría muchas personas. El mismo Dios, a través de su palabra, nos decía: “*denles ustedes de comer*” (Jn 6,9), “*¿Con que compraremos pan para que coman éstos?*” (Jn 6,5).

Para sacar más rendimiento al tiempo y a la comida que será distribuida, el Señor **organiza a la gente**, pues tengamos en cuenta que sólo los hombres eran 5.000, sin contar las mujeres y los niños; la multitud estaba hambrienta y cansada, y quizá sólo vieron los 5 panes y los dos peces. ¡Y todos querían comer! El orden ayudó a Jesús y a los apóstoles, a que todos comieran, no se hicieran daños unos a otros y aprendieran el sentido del compartir fraterno. Hay un adagio antiguo, que dice: “*cuida el orden y el orden te cuidará a ti*”. Jesús era consciente de esto. Jesús es enemigo de la improvisación, del desorden, del dicho “*como vaya viniendo, vamos viendo*”.

Jesús, **todo lo refiere a su Padre**, que es la fuente de todos los bienes y beneficios, por lo cual “*tomó los panes, dijo la acción de gracias*”.

**Jesús es ahorrador, un gran economista**, no quiere que nada se desperdicie, por este motivo da una orden: “*Recojan los pedazos que han sobrado, que nada se desperdicie*” (Jn 6,12). Y, gracias a esta acción, “*se recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido*” (Jn 6,13), que tal vez guardaron para otra ocasión o lo dieron a los pobres que encontraron en el camino.

Jesús no quiere ser considerado un populista, ni un mesías terrenal. Los

comensales dijeron: “*Este sí que es el profeta que tenía de venir al mundo*” (Jn 6,14). Jesús, como su nombre lo dice, es el salvador de la humanidad y vino a quitar la causa de todas las injusticias, que es el pecado, el cual no permite que todos tengan el pan de cada día, como pedimos en el Padre Nuestro. Por eso, “*sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró...*” (Jn 6,15). Lamentablemente, muchos líderes, dan alimento al pueblo hambriento no para servirlo, sino para servirse del pueblo y sacar provecho político e institucional.

Al final, leemos “*se retiró otra vez a la montaña, Él sólo*”, a alimentarse de otro pan, que es la oración, el trato íntimo con su Padre, de las palabras que sale de su boca.

Este milagro, según los estudiosos, es una figura (prefiguración) de otro gran milagro que hará Jesucristo: la transubstanciación: la transformación del pan en su cuerpo y del vino en su sangre, y nosotros seremos testigos de ese gran milagro, dentro de algunos minutos. Cada vez que nos alimentamos con el cuerpo y la sangre del Señor nos unimos a Él y recobramos las fuerzas para superar todas las adversidades que se nos presentan en la vida.

Oremos, queridos hermanos, para que jamás falte el pan para una vida digna, y para que se acaben las desigualdades, no con las armas ni discursos estériles, sino con el compartir y el amor, como nos enseña hoy Jesús.

Que María Santísima, Nuestra Señora del Rosario, interceda por nosotros para que nunca nos falten los tres panes que necesitamos para vivir: el pan de cada día, la palabra de Dios y la Eucaristía. Así sea.

+   
✠ Ángel Francisco Caraballo Fermín  
Obispo de Cabimas



**Prot. 2024/153**